

ARTHUR
CONAN DOYLE

HISTORIA DEL
ESPIRITISMO



Relato de las Investigaciones y experiencias del conocido universalmente por su obra literaria, de Sherlock Holmes, sin embargo, mucho menos sabido que Conan Doyle fue espiritista con tal dedicación que llegó a ser presidente honorario de la Federación Internacional de Espiritismo.

Sir Arthur Conan Doyle
(Foto W. Ransford)

PREFACIO

Esta obra se inició con unos cortos capítulos sin conexión, terminando en el presente relato, que comprende la historia completa del movimiento espiritista. Ello necesita una pequeña explicación. Tenía yo escritos algunos estudios sin otro objeto ulterior que procurarme y procurar a los demás un concepto claro de lo que me parecían episodios importantes en el desarrollo espiritual moderno de la raza humana. Eran estudios acerca de Swedenborg, Irving, A. J. Davis, el caso de Hydesville, el de las hermanas Fox, el relativo a Eddys y el de la vida de D. D. Home. Cuando todo estuvo listo me di cuenta de que el conjunto significaba una buena parte de la historia del movimiento espiritista, más completa que las que hasta entonces habían visto la luz, una historia que tenía la ventaja de estar escrita con el conocimiento personal, íntimo, de sus factores más característicos.

Ciertamente, es curioso que ese movimiento, que muchos consideramos como el más importante de la historia del mundo desde el episodio de Jesucristo, no haya tenido un historiador entre los hombres que en él figuran, dotado de una amplia experiencia personal acerca de su desarrollo. Mr. Franck Podmore, reunió en una obra gran número de hechos, pero ignorando aquéllos que no respondían a su objeto, procuró hacer ver la futilidad de otros,

esencialmente los relacionados con los fenómenos físicos, que eran, en su concepto, principalmente resultado del fraude. Hay otra historia del espiritismo, por Mr. McCabe, en la cual todo se presenta como fraude, sólo que el engaño lo constituye el mismo libro, pues el público cree de buena fe al comprarlo que se trata de un relato serio y no de una mixtificación. Hay también otra historia de J. Arturo Hill, escrita desde el punto de vista de la investigación estrictamente psíquica, muy lejos de los hechos reales probados. Luego están la obra: *Espiritismo americano moderno: treinta años de trabajos*, y la titulada: *Milagros del siglo XIX*, escritas por la gran propagandista Emma Hardinge Britten; pero ambas, aunque de extraordinario valor, sólo se refieren a algunas fases del espiritismo. La mejor de todas las existentes es la titulada: *Supervivencia del hombre después de la Muerte*, por el reverendo Carlos L. Tweedale, pero se trata más bien de una exposición de la verdad del culto que de una historia con la debida hilación. En fin, hay historias generales del misticismo espiritista, como las de Ennemoser y Howitt, pero no hay ninguna historia clara y comprensiva de los sucesivos desarrollos de ese movimiento universal. En el momento de imprimirse este libro ha aparecido el de Campbell-Holms, que es un utilísimo compendio de hechos psíquicos, como su título, *Los hechos y filosofía de la Ciencia Psíquica* demuestra, pero tampoco puede presentarse como una historia metódica de esos hechos.

Semejante obra necesitaba un trabajo de investigación considerable, mucho mayor que el que yo mismo con mi ocupadísima vida podía dedicarle. A ello consagré todo el tiempo de que podía disponer, pero el empeño era vastísimo. En tales circunstancias solicité y obtuve la colaboración leal de Mr. W. Leslie Curnow, cuyo conocimiento de la materia y cuya habilidad han resultado inapreciables. Mister Leslie Curnow ha trabajado conmigo asiduamente en esta vasta obra; ha sabido darme separado el oro de la es-

coria. Yo sólo deseaba la materia en bruto, pero en muchas ocasiones me ha proporcionado el artículo ya acabado, de tal suerte, que si yo lo he alterado, ha sido únicamente para tratarlo todo desde mi punto de vista personal. Si no figura el nombre de Mr. Leslie Curnow junto al mío en la portada de este libro, es por razones que él comprende y a las que se somete.

ARTHUR CONAN DOYLE

CAPÍTULO PRIMERO

LA HISTORIA DE SWEDENBORG

Es imposible señalar la fecha de las primeras apariciones de un poder inteligente externo, así de tipo inferior como superior, en relación con los hechos humanos. Los espiritistas consideran la de 31 de Mayo de 1848 como el principio de todas las cosas psíquicas, porque su movimiento data de dicha fecha. Sin embargo, no ha habido época en la Historia en que no se encontraran huellas de interferencias preternaturales, aunque la humanidad haya tardado en darse cuenta de ellas. La única diferencia entre esos episodios y el movimiento moderno es que los primeros pueden considerarse como casos de vagas apariciones, mientras que el último lleva la señal de una invasión debidamente organizada. Y así como una invasión puede perfectamente ser precedida de la aparición de exploradores en vanguardia, así también el influjo espiritista de los últimos años estuvo anunciado por una cantidad de incidentes cuyos orígenes se remontan a la Edad Media y aún más allá. No obstante, es posible fijar un punto de partida como comienzo de nuestra narración, y tal vez ninguno mejor que la historia del gran vidente sueco Manuel Swedenborg, que ostenta no pocos títulos para que le reconozcamos como el padre de nuestro nuevo conocimiento de los fenómenos sobrenaturales.

Cuando los primeros rayos del sol naciente del conocimiento espiritual hirieron nuestra tierra, iluminaron la más grande y más alta inteligencia humana antes de que penetraran entre los hombres inferiores. Esa cumbre de la mentalidad fue aquel gran reformador religioso al par que médium clarividente, tan poco conocido por sus propios prosélitos: Cristo.



Emanuel Swedenborg
*(Reproducción de un grabado de Baltersby,
publicado en ,The European Magazine, 1787)*

Para comprender completamente a Swedenborg, sería preciso tener un cerebro semejante al suyo, cosa que no ocurre todos los siglos. Y aun con nuestro poder de comparación y con nuestra experiencia de hechos, que para Swedenborg fueron desconocidos, apenas si podemos comprender una parte de su vida con claridad. El objeto de este estudio no es tratar de aquel gran hombre en su conjunto, sino procurar situarle en la historia general del desenvolvimiento psíquico.

Swedenborg fue una contradicción viviente si le juzgamos desde el punto de vista acostumbrado de los generalizadores psíquicos, los que por lo común creen que las grandes inteligencias quedan detenidas al llegar al terreno de la experiencia psíquica personal. Una pizarra bien limpia es indudablemente más adecuada para escribir en ella. La inteligencia de Swedenborg no era una pizarra limpia, sino que había en ella cuantos conocimientos exactos era posible adquirir en su tiempo. Nunca se vio semejante suma de conocimientos en un hombre. Era un gran ingeniero de minas y una autoridad en metalurgia. Como ingeniero militar contribuyó a cambiar la fortuna de muchas de las campañas de Carlos XII de Suecia. Alta autoridad en astronomía y en física, escribió obras eruditas sobre las mareas y la determinación de las latitudes. Fue además zoólogo y anatómico. Y financiero y economista político, adelantándose como tal a las conclusiones de Adam Smith. Finalmente, fue un profundo erudito bíblico, habiéndose nutrido de teología en los mismos pechos maternos y vivido en la austera atmósfera de un pastor luterano durante los más impresionables años de su vida. Su desarrollo psíquico, ocurrido al cumplir los veinticinco años, en nada afectó a su actividad mental, y muchos de sus folletos científicos los publicó después de dicha época.

Dotado de semejante inteligencia, es muy natural que tuviese la evidencia del poder extraterreno, la cual surge sin remedio en el camino de todo hombre inteligente; pero lo que no es natural es que fuera él mismo el médium de tal poder. En cierto sentido su mentalidad fue realmente perjudicial y vició los resultados a que llegó, mientras en otro sentido fue útil en el más alto grado, cosa que comprenderemos mejor considerando las dos categorías en que puede dividirse su trabajo.

La primera fue la teológica. A la mayoría de las gentes les parece que esa es la parte más deleznable y peligrosa

de su obra. Por un lado acepta la Biblia como la obra de Dios en un sentido estrictamente particular, y por otro lado sostiene que su verdadero significado difiere en absoluto del significado vulgar, siendo él y únicamente él quien, con ayuda de los ángeles, podía dar aquel verdadero significado. Semejante pretensión tenía que resultar intolerable. La infalibilidad del Papa sería una bagatela comparada con la infalibilidad de Swedenborg, si se admitía aquella pretensión, porque el Papa, en último término, sólo es infalible cuando da su dictamen en puntos de doctrina, ex cátedra, rodeado de sus cardenales, mientras que la infalibilidad de Swedenborg habría sido universal, sin restricciones. En último término, ninguna de sus explicaciones es capaz de imponerse a la razón. Cuando para comprender el verdadero significado de un mensaje emanado de Dios, hay que suponer, por ejemplo, que un caballo significa «la verdad intelectual», que un asno equivale a «la verdad científica», que una llama quiere decir «mejoramiento», y así sucesivamente a través de incontables símbolos, nos parece entrar en el reino de lo inexplicable, y asistir a la absurda tarea de algunos ingeniosos críticos que han creído descubrir cifras en las obras de Shakespeare. No es de esa manera cómo Dios ha enviado la verdad al mundo. Si tal punto de vista fuera aceptado, el credo swedenborgiano originaría multitud de herejías y retrocederíamos a la época de las discusiones y los silogismos de los escolásticos medioevales. Todas las cosas grandes y verdaderas son sencillas e inteligibles. La teología de Swedenborg no es ni sencilla ni inteligible, y en ello reside su condenación.

Sin embargo, una vez que hemos atravesado su fatigosa exégesis de las Escrituras, donde todo quiere decir algo diferente del significado verdadero, y cuando llegamos a alguno de los resultados generales de su doctrina, vemos que no desentonan de la idea libre moderna o de la

enseñanza recibida del Más Allá desde que la comunicación espiritista quedó establecida.

Así, su teoría de que este mundo es un laboratorio de almas, un campo de experimentación en que lo material refina y libera lo espiritual, es cosa que ya no se discute. Rechaza la Trinidad en su sentido ordinario, pero la reconstituye en cierto sentido extraordinario. Admite que toda religión tiene fines divinos y que la virtud no está confinada en el Cristianismo. De acuerdo con la enseñanza espiritista, ve el verdadero significado de la vida de Cristo en su poder como ejemplo, y rechaza la expiación y el pecado original. Ve la raíz de todo mal en el egoísmo, pero considera esencial un egoísmo sano, según el calificativo de Hegel. En materia sexual sus teorías son libres hasta la relajación. A la Iglesia considérala de una necesidad absoluta, como si el individuo no pudiera arreglar por sí solo sus propios asuntos con el Creador. En tal confusión de ideas proyectadas a diestro y siniestro en grandes volúmenes escritos en latín, y expresadas en obscuro estilo, puede encontrar todo intérprete una nueva religión para su uso particular. Pero no reside en esto el mérito de Swedenborg.

Su gran valía la hallamos en sus fuerzas y en sus revelaciones psíquicas, aunque no hubiera brotado de su pluma ni una palabra de teología. Son esas fuerzas y esas revelaciones lo que va a ocuparnos ahora.

Ya desde niño Swedenborg tuvo momentos visionarios, pero ese delicado aspecto de su naturaleza fue dominado por la extraordinaria energía de su edad viril. Sus facultades psíquicas aparecieron en diversos momentos de su vida, demostrando en varias ocasiones que poseía esas fuerzas vulgarmente llamadas «clarividencia a distancia», en que el alma parece salir del cuerpo, adquirir informes de cosas apartadas y volver a él con noticias de lo que ocurre en aquellos lugares. No es éste un atributo raro en los médiums, pudiendo citarse varios ejemplos de ellos

entre espiritistas videntes, pero sí es raro en sujetos de gran inteligencia, y más raro cuando al parecer es normal su estado al tiempo de producirse el fenómeno. Así, en el ejemplo de Gotenburgo, donde Swedenborg observó y dio informes de un incendio en Estocolmo, a trescientas millas de distancia, con exactitud perfecta. Swedenborg se encontraba a la sazón en una comida, rodeado de diez y seis invitados, que resultaron otros tantos testigos de gran valor. El caso mereció la atención de una persona de tan alta categoría mental como el filósofo Kant, su contemporáneo.

Tales episodios eran, sin embargo, meros indicios de sus fuerzas latentes, las cuales aparecieron de lleno y súbitamente en Londres, en abril del año 1744. Hay que observar que si bien Swedenborg pertenecía a una buena familia sueca y fue educado entre la nobleza de Suecia, sus principales libros se publicaron en Londres, donde, además, se inició su revelación, y donde, finalmente, murió y fue enterrado. Desde el día de su primera visión hasta su muerte, veintisiete años más tarde, estuvo en contacto con el otro mundo. «Una noche –dice– el mundo de los espíritus, cielo e infierno, se abrió para mí y en él hallé a varias personas conocidas, de diferente condición. Desde entonces, el Señor abría diariamente los ojos de mi espíritu para ver, en estado de perfecta vigilia, lo que ocurría en el otro mundo y conversar, con plena conciencia, con los ángeles y los espíritus».

En su primera visión Swedenborg habla de una especie de vapor que se exhalaba de los poros de su cuerpo. «Era un vapor muy visible que descendía hasta el suelo, sobre la alfombra». He ahí una acabada descripción del llamado ectoplasma que se encuentra en la base de todo fenómeno físico de las materializaciones. Esa substancia ha sido también llamada «ideoplasma», porque toma en un instante la forma impresionada por el espíritu. En aquel caso se redujo, según el relato, a una señal dada por sus

«guías» de que desaprobaban su régimen alimenticio, siendo acompañada esa manifestación de una advertencia, claramente perceptible, para que en adelante fuera más comedido en su alimentación.

¿Cómo acogió el público semejante relato? Díjose que aquel hombre era un loco, pero su vida, en los años que siguieron, no dio señal alguna de desequilibrio mental. Otros dijeron que mentía, pero precisamente era un hombre que gozaba fama por su escrupulosa veracidad. Su amigo Cuno, banquero de Amsterdam, dice, hablando de él: «Cuando me miraba, sus risueños ojos azules parecía que expresaran la verdad por sí solos». «Tal vez, afirmaban otros, se obsesionaba a sí mismo y se equivocaba honradamente». A eso contestaremos que la mayoría de las observaciones espiritistas que hizo han sido confirmadas desde aquella época por innumerables observadores psíquicos. La verdad es que fue el primero y por varios conceptos el mayor de todos los médiums, aunque sujeto a los errores que lleva consigo el mediunismo, y que sólo por el estudio de éste pueden realmente comprenderse sus poderes.

Es interesante notar que Swedenborg consideraba sus facultades íntimamente relacionadas con un sistema de respiración. Estando todos rodeados de aire y de éter, es —decía— como si algunos tuviéramos la facultad de absorber más éter y menos aire con objeto de llegar a un estado etéreo. Indudablemente esto es una manera vulgar y rudimentaria de interpretar el fenómeno, pero tal es la idea que ahora vemos dominando en la mayoría de las escuelas de educación psíquica. Lorenzo Oliphant, que no tenía ninguna conexión con Swedenborg, escribió su libro «Sympneumata», para explicar el hecho. El sistema indio del Yoga está informado por la misma idea, pero cualquiera que haya visto un médium en trance no olvida el hondo silbido peculiar con que comienza ese proceso y las pro-

fundas espiraciones con que acaba. Hay en esto un fructuoso campo de estudio para la ciencia futura.

Ahí, como en otras materias psíquicas, se necesita desplegar mucha precaución. El autor conoce varios casos que tuvieron trágicas consecuencias por el uso imprudente en los ejercicios psíquicos de la respiración profunda. El poder espiritual, lo mismo que el eléctrico, guarda ciertas proporciones y exige ciertos conocimientos y precauciones al ponerlo en acción.

Swedenborg resume la materia diciendo que cuando él comunicaba con los espíritus, se pasaba una hora respirando fuertemente, «tomando únicamente la cantidad de aire necesaria para sus pensamientos». Aparte esa peculiaridad de la respiración, Swedenborg permanecía en estado normal durante sus visiones, aunque prefería, naturalmente, estar aislado en tales momentos. Parece ser que tuvo el privilegio de ver el otro mundo a través de varias de sus esferas, y aunque sus hábitos intelectuales teológicos pueden haber influido en sus descripciones, la vasta acumulación de sus conocimientos materiales diéronle, por otra parte, un raro poder de observación y comparación. Veamos cuáles fueron los hechos principales que registró en aquellos viajes y hasta qué punto coinciden con los que han sido obtenidos desde entonces por métodos psíquicos.

Encontró que el otro mundo consistía en un número de esferas diferentes que representaban varios grados de luminosidad y felicidad, a cada una de las cuales vamos después de la muerte, según las condiciones espirituales que tenemos en vida. Allí somos juzgados de una manera automática por una especie de ley espiritual que determina el resultado último por el resultado total de nuestra vida, de suerte que la absolución o el arrepentimiento en el lecho de muerte son de poco provecho. Encontró en aquellas esferas que la escena y las condiciones de este mundo estaban reproducidas con fidelidad, así como la armazón

general de la sociedad. Halló casas en las cuales vivían familias, templos en los cuales se adoraba, salones en los que la gente se reunía para fines sociales, palacios en los cuales habitaban soberanos.

La muerte no era nada temible gracias a la presencia de seres celestiales que asistían al recién llegado en su nueva existencia. Tales recién llegados pasaban por un período inmediato de reposo completo, y recobraban después en pocos días la conciencia de su nuevo estado.

Había ángeles y demonios, pero no eran de orden distinto al nuestro. Todos habían sido seres humanos que vivieron en la tierra con almas sin desarrollar, en el caso de los demonios, o considerablemente desarrolladas, en el caso de los ángeles.

Al morir no cambiamos en ningún sentido. El hombre nada pierde al fallecer, sino que permanece hombre en todos respectos, aunque más perfecto que en estado corpóreo, conservando no sólo sus facultades, sino también sus modos de pensar, sus creencias y sus prejuicios.

También eran recibidos todos los niños, bautizados o sin bautizar. Crecían en el otro mundo y eran adoptados por las mujeres jóvenes hasta que se presentaba la madre real y verdadera.

No había castigo eterno. Los que estaban en los infiernos podían abrirse camino si desarrollaban el impulso necesario. Los que estaban en los cielos no era de una manera permanente, sino que trabajaban para llegar a un lugar superior.

Existía el matrimonio en forma de unión espiritual, constituyéndose una unidad humana completa cada hombre y con cada mujer. Hay que observar que Swedenborg nunca estuvo casado.

No hubo detalle insignificante para su observación en las esferas espiritistas. Habla de la arquitectura, del trabajo de los artesanos, de las flores y los frutos, de los bordados, del arte, de la música, de la literatura, de la ciencia,

de las escuelas, de los museos, de los colegios, de las librerías y de los deportes. Esto puede chocar a las inteligencias convencionales, pero hay que preguntarse por qué toleramos coronas y tronos y, en cambio, negamos otras cosas menos materiales.

Los que abandonan este mundo viejos, decrepitos, enfermos o deformados, renuevan su juventud y recobran gradualmente su pleno vigor. Los casados continúan juntos si sus sentimientos mutuos siguen siendo inalterables. En caso contrario, el matrimonio queda disuelto. «Dos amantes que se adoran no quedan separados por la muerte de uno de ellos ya que el espíritu del fallecido habita junto al espíritu del superviviente, y cuando ambos vuelven a encontrarse se reúnen amándose más tiernamente que antes».

Tales son algunas muestras de la enorme masa de informes que Dios envió al mundo por medio de Swedenborg y que después también han sido referidas por la palabra y por la pluma de muchos espiritistas iluminados. El mundo no les concedió importancia estimándolas como concepciones sin sentido. Sin embargo, gradualmente, el nuevo conocimiento se ha abierto camino y, cuando sea aceptado por completo, se reconocerá la verdadera grandeza de la misión de Swedenborg, mientras va cayendo en el olvido su exégesis bíblica.

La Nueva Iglesia, que se constituyó para propagar las predicaciones del maestro sueco, se ha convertido en una contracorriente del espiritismo en vez de conservar el lugar que la corresponde como fuente original del conocimiento psíquico. Cuando surgió el movimiento espiritista de 1848, y cuando hombres como Andrés Jackson Davis lo acogieron con escritos filosóficos y con poderes psíquicos que difícilmente pueden diferenciarse de los de Swedenborg, la Nueva Iglesia habría hecho bien en saludar esa manifestación como una de las indicadas por su jefe. En lugar de hacer esto, ha preferido, por razones que es